

CAPÍTULO XIV.

Es derrotado el general imperialista Miramon en San Jacinto y cae prisionero su hermano.—Se reúne Miramon á Castillo, y derrotan en la Quemada al general Cairo que muere en la acción.—Manda fusilar el general Escobedo al hermano de Miramon y á los prisioneros franceses hechos en el combate de San Jacinto.—Atacan varios jefes republicanos la plaza de Querétaro y son derrotados.—Llega Miramon á Querétaro y le aconsejan algunos que desconozca al emperador y se ponga á la cabeza del partido conservador.—Leal contestación de Miramon.—Capitula en Colima el general imperialista D. Felipe Chacon.—Evacuan los imperialistas la ciudad de Zamora despues de haber rechazado á los republicanos.—Solicita Bazaine que Maximiliano conceda cruces á una parte del ejército francés.—Comunicación dirigida con este motivo al general d'Osmond por el padre Fischer, y dura carta enviada en contestación por orden de Bazaine.—Prepara Bazaine la marcha de las tropas de la capital para Veracruz.—Destruye el cuartel general francés todo lo que no puede llevar perteneciente al ejército francés.—Se opone Bazaine á que los imperialistas construyan trincheras dentro de la ciudad de Puebla.—Comunicación del general D. Manuel Noriega al gobierno imperial quejándose de la conducta observada por Bazaine en Puebla.—Carta de un francés vecino de Orizaba, pintando la precipitación con que se retiraba el ejército francés.—Disposición del general republicano D. Porfirio Díaz declarando contrabando los objetos comprados á los franceses.—Llega Bazaine á Veracruz.—Marcha á la Soledad creyendo que Maximiliano se hubiese puesto en camino para embarcarse.—Tiene noticia Bazaine de que Maximiliano ha partido para Querétaro, y regresa á Veracruz.

1867.

Febrero.

1867. Era el día 1.º de Febrero de 1867.

Febrero. El general imperialista D. Miguel Miramon continuaba su retirada con objeto de reunirse á la división del general D. Severo del Castillo.

El jefe republicano D. Mariano Escobedo, por su parte, tratando de impedir la reunión de las dos divisiones imperialistas, y teniendo noticias del rumbo que Miramon llevaba, tomó, como he dicho, el camino central de los tres que por la parte de Oriente conducen á Zacatecas.

En la mañana del mismo día 1.º de Febrero se avistaron la división imperialista y republicana. D. Miguel Miramon, viendo la superioridad numérica de las fuerzas de D. Mariano Escobedo, apresuró más el paso tratando de batirse en retirada, al ménos hasta llegar á un sitio ventajoso en que pudiese hacer frente á sus contrarios. Conociendo el general republicano su intento, desplegó una actividad extraordinaria, y pasando entre el punto llamado San Francisco Adames y la ranchería del Cuisillo, inmediata á la hacienda de campo denominada San Jacinto, Miramon se vió precisado á presentar batalla. Su fuerza se componía, parte de ella, de gente acostumbrada á los combates, y la otra de cuerpos bisoños, como eran el 2.º y 9.º regimientos de caballería, que se habían improvisado á toda prisa, organizados con escuadrones de guardias rurales, que carecían, en consecuencia, de disciplina y de instrucción militar. Entre la tropa aguerrida con que contaba, se hallaban los gendarmes imperiales,

1867. de la sección de Guadalajara, que, como he
Febrero. dicho ya, se componía de trescientos hombres, de los cuales, más de la mitad eran soldados franceses que habían entrado al servicio del imperio. Esta sección se había conducido con extraordinario arrojo en la toma de Zacatecas, y el general D. Miguel Miramon la colocó, por lo mismo, á la vanguardia. Las tropas republicanas

con que el general D. Mariano Escobedo le había salido al encuentro al jefe imperialista, estaban fogueadas, tenían gran subordinación militar y estaban mandadas por jefes de reconocido valor como eran el general Treviño, D. Francisco Arce, el coronel Montesinos y otros muchos que se habían distinguido en diversos encuentros. Entre los cuerpos bien armados y aguerridos que iban á entrar en acción, se contaban el denominado Cazadores de Galeana, cuyos soldados estaban armados de rifles norteamericanos de diez y seis tiros.

Obligado el general imperialista D. Miguel Miramon, como he dicho, á presentar batalla, hizo cargar sus contrarios á la gendarmería imperial; pero recibida por los ginetes republicanos con un nutrido fuego que salía de sus rifles de diez y seis tiros, cayeron muertos y heridos en considerable número, replegándose el resto sobre la línea. Entonces las fuerzas republicanas acometieron con extraordinario denuedo por el frente y los flancos, á la vez que por parte de ellas se extendía á cortar la retirada. Los dos regimientos bisoños 2.º y 9.º de caballería, organizados de guardias rurales, de que tengo hablado, al ver caer sin vida á varios de sus compañeros por las balas de los republicanos, huyeron sobrecogidos de pánico terror, introduciendo el desórden en la infantería. En vano el general D. Miguel Miramon hacía esfuerzos para contenerles. El desórden se había introducido en las fuerzas imperialistas, y la voz del jefe sólo era escuchada por algunos que á su lado combatían con extraordinario denuedo. Los cazadores de Galeana, con sus rifles de diez y seis tiros hacían entre tanto un fuego nutrido y certero

1867. sobre los imperialistas. El general D. Miguel Febrero. Miramon, á pié y desesperado al ver huir á los dos regimientos que dejó referidos, dirigió algunos tiros de cañon para detener el avance de los republicanos. En aquellos instantes supo que su hermano D. Joaquin había sido gravemente herido en un pié. Inmediatamente marchó á verle y le ordenó que se retirase del campo de batalla. El herido insistió en quedarse y sostener la retirada con el cuerpo de su mando; pero no permitiéndolo su hermano, obedeció, y entrando en una carretela, tirada por buenos caballos se alejó del campo sin pérdida de momento.

Entre tanto las columnas republicanas avanzando rápidamente por el frente y envolviendo los flancos de los imperialistas hasta la retaguardia, no dejaron más remedio á sus contrarios que rendirse ó emprender la fuga. D. Miguel Miramon, trató aun de contener á las fuerzas republicanas por un momento más, para favorecer la retirada de los que se habían mantenido firmes en el campo, y dirigió él mismo, á pié, los últimos disparos de cañon; hecho esto montó á caballo cuando ya tenía encima á sus contrarios, y acompañado de una corta fuerza de caballería se vió precisado á huir, tomando el camino por donde suponía que encontraría al general imperialista D. Severo del Castillo. La batalla de San Jacinto, que así se denomina la acción que dejó referida, por haberse dado cerca de la hacienda de aquel nombre, fué una de las más brillantes para las armas republicanas. La derrota de la división imperialista fué completa, pues dejó en poder de los vencedores armas, municiones, trenes, dinero y equi-

pajes. Respecto á las pérdidas de gente, tuvo cien muertos, número mayor de heridos y cerca de quinientos prisioneros, contándose entre estos últimos ciento treinta y nueve franceses de la seccion llamada gendarmes de la emperatriz. El hermano del general Miramon que, gravemente herido de un pié, como tengo referido, se retiraba en una carretela cayó tambien prisionero en poder de los vencedores.

1867. El brillante resultado que para la causa del
Febrero. imperio se había propuesto alcanzar el general imperialista si despues de la toma de Zacatecas se reunía á tiempo con la division de don Severo del Castillo, quedó destruido. Todas las ventajas alcanzadas con el golpe de mano dado á la ciudad, llegó á perderlas, con creces, en la batalla de San Jacinto. Esta fué la tercera batalla que durante su notable carrera militar llegó á perder el general Miramon, á quien siempre en todos los demás encuentros, que fueron numerosos, había acompañado la victoria. Por eso el triunfo fué para los republicanos un doble motivo de júbilo y de satisfaccion.

El mismo día 1.º de Febrero en que salió don Miguel Miramon de Zacatecas, regresó á esta ciudad el presidente don Benito Juarez, que sólo estuvo un día en el Fresnillo. En la madrugada del 2 recibió una comunicacion del general don Mariano Escobedo dándole noticia del triunfo alcanzado sobre los imperialistas.

Sin desmayar el general Miramon por el descalabro sufrido, y lleno de esperanza en vencer en otra batalla á sus contrarios, siguió con los cortos restos de su division hácia el rumbo por donde esperaba encontrarse con don Se-

vero del Castillo, á quien, con efecto, logró reunirse en Ojuelos. La division del general Castillo que, como tengo referido, marchaba sufriendo las mayores escaseces por haber caído en poder de las tropas republicanas la ciudad de Guanajuato, de donde se había quedado en enviarle recursos, había continuado su camino con rumbo á San Luis Potosí. Desde que sus fuerzas se encontraron á la altura de la villa de San Felipe, numerosas tropas de caballería republicana marchaban siguiéndolas, á muy corta distancia, teniendo, en consecuencia, que caminar con todas las precauciones que pide el arte de la guerra. Reunido en Ojuelos, como he dicho, el general Miramon á don Severo del Castillo, y no siendo posible emprender nada sobre San Luis Potosí, cuando las numerosas fuerzas del general don Mariano Escobedo se dirigían sobre la corta division con que contaban, los imperialistas emprendieron su retirada á Querétaro, seguidos constantemente de la caballería republicana que desde San Felipe había ido acosando á la division de don Severo del Castillo. La expresada caballería estaba mandada por el general don Aureliano Rivera. Desde antes de haber salido de San Luis Potosí el general don Mariano Escobedo para ir á batir á Miramon en Zacatecas, había hecho que se situase el expresado general don Aureliano Rivera, con su brigada de caballería, fuerte de seiscientos hombres, en la villa de San Felipe, distante veinticinco leguas de San Luis, para el caso de que el plan de las fuerzas imperialistas fuese

1867. atacar esta última plaza, obrando en combi-
Febrero. nacion las dos divisiones. En la hacienda de campo llamada San Bartolo mandó que se situasen las bri-

gadas de caballería, 1.^a de Coahuila y 2.^a de Nuevo-Leon, ambas con un efectivo de seiscientos hombres; y ordenó al general don Sóstenes Rocha que se colocase con mil hombres de las tres armas, en el pueblo de San Francisco. El mando de todas estas tropas que llevaban la denominación de 2.^a división del cuerpo de ejército del Norte, lo confió al general don Leon Guzman. Las instrucciones comunicadas á don Aureliano Rivera eran que estuviese en observación de los movimientos de la división del general imperialista don Severo del Castillo, para que, en el caso que tomase el camino que directamente conduce á San Luís Potosí, se desviasen las fuerzas republicanas por la hacienda de la Tlachiquera, con el fin de tomar así la retaguardia de las tropas de Castillo, en tanto que el general don Leon Guzman, con todas las demás fuerzas se replegaba á la misma ciudad de San Luís Potosí en la cual podría resistir más fácilmente el ataque del expresado general en tanto que llegaba en su auxilio don Mariano Escobedo con las tropas con que había ido al encuentro de Miramon á Zacatecas.

Las disposiciones del general en jefe republicano no podían ser más acertadas, y en consecuencia de ellas el jefe don Aureliano Rivera fué siguiendo con su caballería á la división de Castillo desde que ésta se encontró á la altura de San Felipe al dirigirse rumbo á San Luís Potosí. Sin embargo, aquellas disposiciones es de creerse que hubieran dado mejores resultados aun para la causa republicana, si se hubiese seguido al pié de la letra las instrucciones dadas por el general don Mariano Escobedo respecto de las fuerzas que habían quedado encargadas de

otros movimientos. No fué culpa, sin embargo, del general don Leon Guzman el que en algo se faltase al plan concebido por don Mariano Escobedo, pues habiendo caído gravemente enfermo en esos días, llegó á encargarse del mando el general Herrera y Cairo, hombre de notable valor y arrojo, pero que, llevado de su mismo ardimiento, no siguió estrictamente las disposiciones que había recibido de su predecesor. Acaso creyó que una vez derrotada la fuerza de don Miguel Miramon por el general Escobedo, le sería fácil alcanzar completa victoria sobre la división del general Castillo, y alentado por esta esperanza, resolvió marchar á atacarle inmediatamente. Tomada esta resolución, dispuso sus tropas y se dirigió á batirle. El general imperialista don Severo del Castillo, al saber la noticia del descalabro sufrido por don Miguel Miramon, que este mismo le refirió al lograr reunirse á él en Ojuelos con los pocos que le acompañaban, emprendieron, como he dicho, su marcha de retroceso hácia Querétaro. Este movimiento retrógrado animó más al jefe republicano Herrera y Cairo, que juzgó desmoralizada á la fuerza contraria, en cuyo alcance marchó afanoso. El general imperialista don Severo del Castillo, que era un militar experimentado, de valor y de prudencia, al ver al grueso de la caballería republicana marchar á su alcance, comprendió que sus contrarios trataban de atacarle de una manera formal, y su creencia se convirtió en firme convicción cuando llegaba á las inmediaciones de la hacienda de la Quemada. General instruido, dotado de imperturbable serenidad, y conocedor del terreno, consideró que ningún punto podría presentársele más á propósito para sacar

1867.

Febrero.

provecho de sus conocimientos militares que la expresada hacienda. Concebido su plan en su imaginacion, hizo alto al llegar á la Quemada, y dispuso su gente para el combate, presentando batalla á sus contrarios.

Era el 4 de Febrero. Las dos divisiones imperialista y republicana se encontraban frente á frente. Los soldados de una y otra parte se dispusieron á la lucha, animados por sus jefes. El general republicano Herrera y Cairo, llevado de su indómito ardimiento, formó sus columnas, y poniéndose al frente de una de caballería, cargó valientemente sobre los imperialistas. Estos esperaron el choque con serenidad, y haciendo un fuego mortífero sobre las columnas republicanas, sembraron la muerte en ellas, obligándolas á retroceder completamente destrozadas. El bravo general republicano Herrera y Cairo que había hecho prodigios de valor, fué víctima de su ardimiento, pues cayó sin vida, quedando su cuerpo en el campo de batalla, con otros muchos de sus bravos compañeros. Entonces la caballería imperialista se lanzó sobre las fuerzas de infantería de sus contrarios, causando en ellos notable estrago. Declarada la victoria por los imperialistas, persiguieron por espacio de una legua á sus contrarios, volviendo luego al campamento para continuar la marcha de retroceso hácia Querétaro. Los prisioneros hechos en esta accion de la Quemada, fueron tratados con consideracion, y habiéndose recogido el cadáver del valiente general Herrera y Cairo, fué respetuosamente enterrado por orden de Don Miguel Miramon.

La noticia de este descalabro la recibió el general D. Mariano en la hacienda de Tepetates. La pasion de la

1867. ira tan fácil de exaltarse desgraciadamente
 Febrero. en las guerras civiles, estalló en algunos oficiales republicanos que apreciaban justamente al valiente jefe Herrera y Cairo que lleno de gloria habia perecido en el combate, y bien por error ó por hacer que el partido imperialista apareciese sanguinario, dijeron á gritos que habia sido fusilado por orden de los generales D. Severo del Castillo y D. Miguel Miramon, y que era preciso tomar la represalia en el hermano de este último que tenían prisionero. Nada estaba más lejos de la verdad que aquel fusilamiento, y ya hemos visto que el cadáver del valiente general republicano recibió solemne sepultura por orden de D. Miguel Miramon; pero las pasiones políticas lo ofuscan todo, y D. Joaquin su hermano, fué condenado á muerte pocos instantes despues. Resuelta su ejecucion, se le dijo, en la noche del 7 de Febrero, que se preparase á morir, porque iba á ser fusilado dentro de algunas horas. D. Joaquin Miramon hizo presente que estaba gravemente herido de un pié, y que apenas podria marchar al sitio de la ejecucion; pero sus razones no fueron atendidas. Manifestó entonces deseos de hablar con algunos jefes y oficiales de la division republicana; pero se le contestó que no habia necesidad de oírle.

Viendo D. Joaquin Miramon que su muerte estaba resuelta, se resignó valerosamente con su terrible suerte, y se dispuso á morir: escribió á su esposa y á su hermano dándoles el último adios, y se preparó en seguida á disponer su alma para pasar á la eternidad. Aun no brillaba la luz del nuevo día 8 de Febrero, cuando un oficial, al frente de un piquete de soldados, llegó por él.

La hora de su muerte había sonado. D. Joaquin Miramon marchó sereno al lugar de la ejecucion, aunque caminando penosamente á causa de la herida que le había destrozado el pié en el combate de San Jacinto. Al llegar al sitio en que había de morir, pidió que se le apoyase contra la pared, porque quería recibir la muerte, de pié. Obsequiado su deseo, esperó tranquilo la descarga elevando interiormente sus súplicas al cielo, y poco despues cayó sin vida al suelo á los certeros disparos de los soldados encargados de su ejecucion. Sus últimas disposiciones fueron fielmente cumplidas y su cuerpo fué recogido por el administrador de la hacienda, dándole enseguida sepultura.

1867. Poco despues de haber sido fusilado el general D. Joaquin Miramon y algunos otros oficiales, se les hizo saber á los ciento treinta y nueve prisioneros franceses, pertenecientes á la seccion de gendarmes de la emperatriz, que iban á sufrir la misma suerte dentro de breves horas. La terrible noticia se les dió en los momentos en que se disponían á lavar su ropa y en que ménos esperaban recibirla, pues habiendo pasado ocho días desde el día en que cayeron prisioneros, no abrigaban el menor recelo respecto á su funesto fin. La sorpresa fué, en consecuencia, grande, cuando se les anunció que iban á ser fusilados en el mismo día, y vieron tomar las armas al batallon que los custodiaba, tanto para sofocar cualquier tentatiba que intentaran en su desesperacion, quanto para ejecutar la orden que había recibido. Poco despues se les pasó lista, y enseguida fueron conducidos en pelotones de corto número al sitio de la ejecucion, donde inmediatamente eran fusilados, segun iban

llegando al lugar destinado á la muerte. Al separarse los que formaban el peloton que partía para el lugar de la ejecucion, abrazaban tiernamente y se despedían de sus camaradas, que en breve les habían de seguir al mismo sitio para sufrir igual suerte. Esta terrible escena de ejecuciones duró dos horas, que fueron de agonía para los que esperaban su fatal turno. Varios oficiales republicanos de la division del Norte que habían concurrido al sitio de Puebla cuando fué tomada la plaza por Forey, y apreciaban mucho á los desgraciados que marchaban á la muerte, tenían llenos de lágrimas los ojos, participando de la misma tierna emocion la mayor parte de sus soldados.

Estos fusilamientos llamaron la atencion de toda la prensa, así de los Estados-Unidos como de Europa, que los censuraron duramente, y trataron de justificarlos los que combatían contra el imperio. Decían éstos que los soldados extranjeros se habían enganchado voluntariamente al servicio del imperio; que eran el residuo del ejército intervencionista que á pesar de las sugerencias y preceptos del mariscal Bazaine, al disponer el regreso de tropas

1867. á Francia, permanecieron voluntariamente y se alistaron para combatir contra los republicanos; que renegando de su nacionalidad y de sus antiguas banderas se engancharon al servicio del emperador Maximiliano, y que era muy lógico y de todo punto inevitable, que las autoridades republicanas no pudiesen considerarles como mejicanos, y ni aun con los derechos de extranjería; que sin embargo, despojados como estaban de todo derecho, eran conducidos por una fuerte es-